

se ven en los sucesos de la caballería: para confirmación de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamiento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la trujo, y así como D. Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este bacíyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía, sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo D. Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de D. Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo mas há de veinte años carta de exámen, y conozeo muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno, y ni mas ni ménos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo, como está léjos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira: también digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo D. Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dijo el cura, que ya había entendido la intención de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, D. Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de D. Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenían tan suspensó, que poco ó nada atendía á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado, ¿que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo? Cosa parece esta que puede poner en admiración á toda una universalidad, por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está

en mas decirlo el señor D. Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dijo D. Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamiento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo, ni cómo no, vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecian. No hay duda, respondió á esto D. Fernando, sino que el señor D. Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinición deste caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenían del humor de D. Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de D. Luis, y á D. Luis ni mas ni ménos, y á otros tres pasajeros que acaso habían llegado á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran. Pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba D. Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á D. Quijote conocian, dijo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero que los disparates de D. Quijote, el cual á esta sazón dijo: Aquí no hay mas que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió. Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que

hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo), que no me dé á mí entender cuántos hoy viven en el mundo al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podría ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió D. Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á D. Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: D. Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros: D. Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á D. Quijote y á Cardenio y á D. Fernando, que todos favorecian á D. Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se affigia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y D.ª Clara dasmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero, D. Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía, D. Fernando tenía debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre. Y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á D. Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se separaron, y él prosiguió diciendo: ¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legión de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual, quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería

que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendían el frásis de D. Quijote, y se veían malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda: Sancho, á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de D. Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo: solo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginación de D. Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasión del oidor y del cura, volvieron los criados de D. Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenía, el oidor comunicó con D. Fernando, Cardenio y el cura, que debía hacer en aquel caso, contándose con las razones que D. Luis le había dicho. En fin, fué acordado que D. Fernando dijese á los criados de D. Luis quién él era, y cómo era su gusto que D. Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marques sería estimado como el valor de D. Luis merecía, porque desta manera se sabia de la intención de D. Luis que no volvería por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de D. Fernando y la intención de D. Luis, determinaron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á D. Luis y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino: pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreido la calidad de los que con ellos se habían combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habían de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delincuentes, traía uno contra D. Quijote, á quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho, con mucha razon había temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de D. Quijote traía venían bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndose á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en D. Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de D. Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á D. Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: Favor á la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de véras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este sal-

teador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con D. Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida antes que D. Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pependencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba: Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. D. Fernando despartió al cuadrillero y á D. Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones D. Quijote, y con mucho sosiego dijo: Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto mas la existencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿Qué sastrer le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el muddo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote.

En tanto que D. Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como D. Quijote era

falso de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de D. Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejara llevarse, á lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo D. Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros, sino conocieran la falta de D. Quijote; y así tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á so capa y sin que D. Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pependencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de D. Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde D. Fernando le queria llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto D. Luis queria, de que recibió tanto contento D.^a Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de D. Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó D. Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga: y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como D. Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano; de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando. Viéndose pues D. Quijote libre y desembarazado de tantas pependencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié y le dijo: Es comun proverbio, hermosa señora, que

la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruírle, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algun inexpugnable castillo y fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está demas de tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas D. Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual con ademan señorial y acomodado al estylo de D. Quijote, le respondió desta manera: Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer á los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dijo D. Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y aparea tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destes señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra: ¡Ay señor, señor, y cómo hay mas mal en el aldehuela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas! ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó D. Quijote, como tus palabras no se encaminan á ponerme miedo: que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, peccador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice, no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, por-

que era verdad que su esposo D. Fernando alguna vez á hurto de otros ojos habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecióle que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino; y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡Oh, váleme Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibí D. Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuégo por los ojos, dijo: ¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas inclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: véte, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote, dijo para templarle la ira: No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazón D. Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este peccador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es y así será, dijo D. Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor D. Quijote, perdonalle y reducirle al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. D. Quijote respondió que él le perdonaba; y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion diciendo: Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad

lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamiento. Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote, que si así fuera, yo te vengara entónces y aun ahora; pero ni entónces ni ahora pude ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamiento, puesto que jamas llegó la sanchez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustré compañía estaba en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con D. Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevarsele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente D. Quijote, y luego D. Fernando y sus camaradas, con los criados de D. Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á D. Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia: que fué que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supó formar el barbero, no el del albarda sino el otro, que decia: «¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te pu-

so: la cual se acabará cuando el furibundo leon man- chego, con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, » ya despues de humilladas las altas cervices al blando » yugo matrimoñesco. De cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será » antes que el seguidor de la fugitiva ninfa haga dos » gadas la visita de las lúcentes imágenes con su rápido » y natural curso. Y tú, ¡oh el mas noble y obediente » escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y » olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver » llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la » caballería andante; que presto si al plasmador del mundo » le place, te verás tan alto y tan sublimado que no te » conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que » te ha fecho tu buen señor! Y asegúrote de parte de la » sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como » lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y » encantado caballero, que conviene que vayas donde » pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra » cosa, adios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me » sé.» Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion della, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: ¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, rúngote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han fecho; que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder, que no me dejará en buena ni en mala suerte; porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la insula ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está fecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios; sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Cuando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamas he leído, ni visto ni oído que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos

perezosos y tardíos animales, porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña lijereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion. Pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan que no son del todo católicas. ¿Católicas? ¡mi padre! respondió D. Quijote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solcito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios, porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió D. Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices, huele á ámbar, ó tú te engañas, ó el quiere engañarte, con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de D. Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien D. Quijote dijo: No lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son ajenas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á

los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, hermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamas le dí á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con D. Quijote, el cura y el barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, y del capitán y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba D. Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo, y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de D. Luis y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un forro de la maleta donde se halló la novela del *Curioso impertinente*, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego, vió que al principio del escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*; por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del *Curioso impertinente* habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así la guardó con proposito de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de D. Quijote, y pusieronse á caminar tras el carro. Y la orden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante; detras de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. D. Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes, y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco mas, porque él sabia que detras de un recuesto